

CAPÍTULO XVII.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JERUSALEN.—TOMA DE ESTA CIUDAD
POR SALADINO.

DESPUES que el Soldan hubo concluido la conquista de las ciudades marítimas de la Palestina, pasó á sitiá á Jerusalem, que tomó el año de 1188 de nuestra era. Cada hombre tuvo que pagar por su rescate diez besantes de oro; y como catorce mil habitantes no pudiesen pagar esta suma, quedaron reducidos á esclavitud. Saladino no quiso entrar en la mezquita del templo, que los cristianos habian convertido en iglesia, sin que ántes se lavasen las paredes con agua de rosa. Quinientos camellos, dice Sanuto, apénas bastaron para llevar toda la agua de rosa que se gastó entónces; pero

este es un cuento muy propio del oriente. Los soldados de Saladino derribaron una cruz de oro que estaba encima del templo, y la llevaron arrastrando por las calles hasta la cumbre del monte Sion, donde la hicieron pedazos. Solo quedó para los cristianos una iglesia que fué la del Santo Sepulcro, y esto porque los siros dieron por ella una gran cantidad de dinero.

La toma de Jerusalem por Saladino, sobre ser interesante para los que quieren saber la historia de aquella ciudad, está pintada con los colores mas vivos por Michaud, cuyo cuadro presentamos á los lectores.

Habia llegado el instante, dice, en que debia Jerusalem caer de nuevo en manos de los infieles: todos los musulmanes imploraban la proteccion de Mahoma para lograr este último triunfo de las armas de Saladino. Despues de la toma de Gaza y de otras muchas fortalezas cercanas, reunió su ejército el sultan, y marchó contra la ciudad santa. Una reina entregada á sus lágrimas, los hijos de los guerreros muertos en la batalla de Tiberiades, algunos soldados fugitivos, algunos peregrinos llegados de Occidente eran los únicos defensores del Santo Sepulcro. Muchas familias cristianas que habian abandonado las provincias devastadas de Palestina, llenaban la capital, y léjos de dar auxilios, no hacian mas que aumentar la consternacion que reinaba en la ciudad.

Cuando Saladino se acercó á la ciudad santa, hizo venir á su presencia á sus principales habitantes: yo se les dijo, y vosotros lo sabeis tambien, que Jerusalem es

la casa de Dios: no trato de profanar su santidad con la efusion de sangre; abandonad sus murallas, y os entregaré una parte de mis tesoros: os daré cuanta tierra podais cultivar.--No podemos nosotros, le respondieron, entregaros una ciudad en que murió nuestro Dios, y aun ménos podemos vendérsola. Irritado Saladino con esta negativa, juró sobre el Coran destruir las torres y parapetos de Jerusalem, y vengar la muerte de los musulmanes degollados por los compañeros y soldados de Godofredo de Bouillon.

Mientras hablaba Saladino con los diputados de Jerusalem, un eclipse solar dejó enteramente á oscuras el cielo, y pareció como presagio funesto para los cristianos. Sin embargo, animados por el clero los habitantes se disponian á defender la ciudad: habian nombrado por gefe á Balean de Ibelin, que se habia hallado en la batalla de Tiberiades. Este viejo guerrero cuya experiencia y virtudes le conciliaban la confianza y el respeto, se ocupó en hacer reparar las fortificaciones de la plaza, y en disciplinar á los nuevos defensores de Jerusalem. Como escaseaban los oficiales, crió cincuenta caballeros escogidos de entre los paisanos de la ciudad; tomaron las armas todos los cristianos que se hallaban en estado de combatir, y juraron derramar su sangre por la causa de Jesucristo. No habiendo dinero para hacer los gastos de la guerra, todos los recursos para tenerlo se creyeron legítimos á vista del peligro que amenazaba á la ciudad de Dios. Fueron despojadas las iglesias, y el pueblo, espantado

con la aproximacion de Saladino, vió sin escándalo acuñarse moneda con el metal precioso que cubria la capilla del Santo Sepulcro.

A poco se vieron flotar los estandartes de Saladino sobre las alturas de Emmaüs: el ejército musulman asentó su campo en los mismos lugares en que Godofredo, Tancredó y los dos Robertos habian desplegado sus tiendas cuando pusieron sitio á la santa ciudad. Desde luego los sitiados opusieron una viva resistencia, é hicieron frecuentes salidas, en las que llevaban, en una mano la lanza ó la espada, y en la otra una pala, con la que echaban polvo á los sarracenos. Muchos cristianos recibieron entónces la palma del martirio, y subieron, añaden los historiadores, á la Jerusalem celestial. Bastantes musulmanes, muertos al filo de la espada enemiga, fueron á habitar *las riberas del rio que riega al paraiso*.

Despues de haber estado acampado Saladino por algunos dias al occidente de la ciudad, dirigió sus ataques por el lado del norte, y mandó minar los parapetos que se estendian desde la puerta de Josafat, hasta la de San Estevan. Los cristianos mas resueltos salieron de la ciudad, y se esforzaron en acabar con las máquinas y obras de los sitiadores: hicieron prodigios de valor, mas no pudieron interrumpir los progresos del sitio: rechazados por los sarracenos, volvieron á la ciudad, donde su retorno produjo el desaliento y el espanto. Las torres y parapetos iban á venir á tierra á la señal primera del asalto general. Se apoderó entón-

ces de los moradores la desesperacion, y estos no hallaron otro recurso para defenderse mas que las lágrimas y las oraciones. Corrian los soldados á las iglesias en vez de volar á las armas: la oferta de cien piezas de oro que se les hizo, no pudo detenerlos una noche en los parapetos amenazados. El clero hacia procesiones por las calles para lograr la proteccion del cielo. Unos se herian con piedras el pecho, otros se desgarraban el cuerpo con cilicios, gritando *misericordia*. Se oian solo gemidos en Jerusalem, pero *Nuestro Señor Jesucristo*, dice una antigua crónica, *no los quiso escuchar porque la lujuria y la impureza, que en la ciudad habia, no dejaban subir á la presencia de Dios los ruegos y oraciones*. La desesperacion de los moradores les inspiraba á un tiempo mil proyectos contrarios. Ya tomaban la resolucion de salir de la ciudad y de buscar una muerte gloriosa entre las filas enemigas, ya ponian toda su esperanza en la clemencia de Saladino.

Entre el desórden y agitacion general, los cristianos griegos y siros, y los cristianos melchistas soportaban con disgusto la autoridad de los latinos, y les atribuian los desastres de la guerra. Se descubrió una conspiracion que se habia formado para entregar la ciudad á los musulmanes, cuyo descubrimiento aumentó la alarma, y determinó á los principales habitantes de Jerusalem á pedir á Saladino una capitulacion. Acompañados de Balaan de Ibelin propusieron al sultan entregarle la plaza con las mismas condiciones que él les habia dictado ántes del sitio. Pero recordó Sala-

dino el juramento que habia hecho de tomar la ciudad por asalto y de pasar á cuchillo á todos sus habitantes. Despachó á los diputados sin darles esperanzas; pero Balaan de Ibelin volvió muchas veces para renovar sus ruegos y súplicas, y siempre encontró inexorable á Saladino. Cierta dia que los enviados cristianos lo conjuraban fuertemente para que aceptara la capitulacion, volviendo el rostro hácia la plaza y mostrándoles sus estandartes flotando sobre las murallas: „¿Como quereis, les decia, que yo acepte condiciones de una ciudad ya tomada?“

Sin embargo fueron rechazados los sarracenos, y animado entónces Balaan con las ventajas que acababan de lograr los cristianos, respondió al sultan: „Bien veis que á Jerusalem no le faltan defensores, y ya que no podemos obtener de vos ninguna piedad, tomaremos una resolucion terrible, y os llenarán de espanto los exesos de nuestra desesperacion. Esos templos y palacios que quereis conquistar, quedarán del todo arruinados, y nuestras riquezas que estimulan la ambicion y avaricia de los sarracenos serán presa de las llamas. Destruiremos la mezquita de Omar; y la piedra misteriosa de Jacob, objeto de vuestra veneracion, será despedazada y reducida á polvo. Cinco mil prisioneros musulmanes que están en Jerusalem serán pasados á cuchillo. Degollaremos con nuestras propias manos á nuestras mugeres, y á nuestros hijos para ahorrarles la vergüenza de ser vuestros esclavos. Cuando la ciudad santa sea solo un monton de ruinas y un vasto sepulcro, saldremos

mos acompañados de los manes irritados de nuestros amigos y parientes, saldremos, digo, con el hierro y el fuego en la mano. Ninguno de nosotros irá al paraíso sin haber mandado al infierno á diez musulmanes. Tendremos así una muerte gloriosa, y moriremos pidiendo que caiga sobre vosotros la maldición del Dios de Jerusalem."

Espantado Saladino con semejante discurso, invitó á los diputados para que volvieran al siguiente día. Consultó á los doctores de la ley, quienes decidieron que podía aceptar la capitulación propuesta por los sitiados, sin quebrantar su juramento. Al otro día se firmaron las condiciones en la tienda del sultan, y así es como Jerusalem volvió á caer en manos de los infieles despues de haber estado por espacio de ochenta y cuatro años en poder de los cristianos. Han notado los historiadores latinos, que los cruzados habian entrado en la santa ciudad en viérnes á la misma hora en que Jesucristo habia muerto para espiar los crímenes del género humano. Los sarracenos tomaron tambien la ciudad un viérnes, aniversario del día en que, segun su creencia, partió Mahoma de Jerusalem para subir al cielo. Esta circunstancia que pudo muy bien determinar á Saladino para firmar la capitulación que se le propuso, añadió para los musulmanes un nuevo brillo á su triunfo, y dió lugar á que se le viera como el favorito del profeta.

Firmada la capitulación, todos los guerreros que se hallaban en Jerusalem consiguieron permiso de retirarse

á Tiro, ó á Trípoli. El vencedor concedió la vida á los habitantes y les permitió rescatar su libertad. A excepcion de los griegos y siros, todos los cristianos recibieron orden de dejar á Jerusalem despues de cuatro días: se fijó el rescate de los hombres en diez monedas de oro, en cinco el de las mugeres y en dos el de los niños. Los que no podian rescatarse, quedaban de esclavos.

Al principio oyeron con alegría estas condiciones los cristianos; pero cuando vieron acercarse el día en que debian partir de Jerusalem, tuvieron gran dolor de abandonar los santos lugares, regaron con sus lágrimas el Sepulcro de Jesucristo, y sentian no haber muerto en su defensa: gimiendo recorrían el Calvario y las iglesias que ya no verian otra vez: llorando se abrazaban en las calles deplorando sus funestas divisiones. Los que no podian pagar su rescate y no debian dejar á Jerusalem sino para ser esclavos de los sarracenos, se entregaban á todos los excesos de la desesperacion. Pero en estos fatales momentos, era tal su apego á la religion cuyos preceptos no siempre habian guardado, que los ultrages hechos á los objetos sagrados de su culto los afligian mas que sus propias desgracias. Habiendo sido arrancada una cruz de oro de la media naranja de la iglesia de los templarios y arastrada en las calles por los sarracenos, todos los cristianos dieron gritos de dolor y de indignacion, y Jerusalem, bien que desarmada, estuvo á pique de sublevarse contra sus vencedores.

Llegó por último el día fatal en que debían los cristianos dejar á Jerusalem. Se cerraron todas las puertas de la ciudad, ménos la de David, por la que habia de salir el pueblo. Sentado Saladino sobre un trono vió á todos los cristianos pasar delante de él. El patriarca seguido del clero, se presentó él primero, llevando los vasos sagrados, los ornamentos de la iglesia del Santo Sepulcro, y los tesoros, de los que solo Dios, segun un autor árabe, conocia el valor. Sibila, reina de Jerusalem, acompañada de los principales barones y caballeros venia detras, y Saladino respetó su dolor y le dirigió palabras llenas de bondad. Seguian á la reina muchas mugeres que llevaban sus hijos en los brazos, y daban gritos que desgarraban el corazón. Muchas de entre ellas acercándose al trono de Saladino; „Aquí veis á vuestros piés, le decian, á las esposas, á las madres y á las hijas de los guerreros que teneis prisioneros: nosotras abandonamos para siempre nuestra patria que ellos defendieron gloriosamente, ellos nos ayudaban á soportar la vida, y perdiéndolos, hemos perdido nuestras ultimas esperanzas: si os dignais volvernoslos, endulzarán las amarguras de nuestro destierro, y ya no quedaremos sin apoyo sobre la tierra.” Movido Saladino con estas súplicas prometió suavizar los males de tantas familias desgraciadas, y entregó los hijos á las madres, y á las esposas sus maridos que se hallaban prisioneros. Muchos cristianos que habian abandonado sus muebles y efectos mas preciosos cargaban sobre sus hombros, unos á sus padres debilitados por

la edad, y otros á sus amigos débiles y enfermos. Enternecido Saladino con semejante espectáculo recompensó con limosnas la virtud y piedad de sus enemigos: se compadeció de todos los desgraciados, y permitió á los hospitalarios que quedasen en la ciudad, para curar á los peregrinos y á los que por sus graves enfermedades no podian dejar á Jerusalem.

Cuando comenzaron los sarracenos el sitio de la ciudad, tenia esta mas de cien mil cristianos: la mayor parte rescató su libertad. Balean de Ibelin como depositario de los tesoros destinados para los gastos del sitio, los empleó en el rescate de una parte de los prisioneros. Malec-Adel hermano del sultan pagó por dos mil cautivos, y siguiendo Saladino su ejemplo quebrantó las cadenas de muchos pobres y huérfanos. Solo quedaron esclavos catorce mil cristianos entre quienes habia de cuatro á cinco mil niños, que no conocian su desgracia, pero cuya suerte era tanto mas deplorable cuanto que estas víctimas inocentes de la guerra iban á ser educadas en la religion de Mahoma.

La corona de este reino, continúa Chateaubriand, ya casi perdido, pasó á Isabela, hija de Balduino, hermana de Sibila, que ya habia muerto, y muger de Eufredo de Turena. Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon llegaron ya tarde para defender la santa ciudad, pero tomaron á Tolemaida ó San Juan de Acre. Fué tan célebre el valor de Ricardo, que mucho tiempo despues de su muerte decian los sarracenos cuando un caballo temblaba, que habia visto la sombra de Ricardo. Poco tiempo des-

pues de la toma de Tolemaida murió Saladino, el cual mandó que en su entierro llevasen una mortaja en la punta de una pica, y que un heraldo dijese en voz alta: SALADINO, VENCEDOR DEL ASIA, DE CUANTAS RIQUEZAS HA CONQUISTADO, SOLO LE QUEDA ESTA MORTAJA. Ricardo que rivalizó con Saladino, volvió de Palestina á Europa y fué encerrado en un castillo de Alemania, lo que dió motivo á varias aventuras de poca fe en la historia; pero que los trovadores han conservado en sus balatas ó romances.

El año de 1242, el emir de Damasco Saleh-Ismael, que traía guerra contra Nedjmeddin, sultan de Egipto, tomó á Jerusalem y se la volvió á los príncipes latinos. El soldan envió á los karismienses á que sitiásen la capital de Judea, y habiéndola en fin tomado, degollaron á todos sus habitantes: al año siguiente la hicieron sufrir grandes violencias ántes de entregársela al soldan Saleh-Ayoub, sucesor de Nedjmeddin.

Miéntas sucedía todo esto, el título de rey de Jerusalem, ó bien esta corona, habia pasado de Isabela á Enrique, conde de Champaña, su nuevo esposo, y de este á Amaury hermano de Lusiñan, que se casó en cuartas nupcias con la misma Isabela, y de la que tuvo un hijo que murió niño. María hija de Isabela y de su primer marido Conrado, marques del Manfredato, heredó este reino imaginario ó el derecho á él. Juan, conde de Briena, se casó con María, y de ella tuvo una hija llamada Isabel ó Yolanda, que casó despues con el emperador Federico II. Habiendo este venido á Tiro, hizo

paces con el soldan de Egipto, siendo las condiciones que Jerusalem se dividiria entre los cristianos y los musulmanes; y segun esto Federico II vino á tomar la corona de Godofredo en el altar del Santo Sepulcro, se coronó con ella, y se volvió al instante á Europa. Es de creer que los sarracenos no cumplieron lo pactado con Federico, pues que veinte años despues, esto es, en 1242, vemos que Nedjmeddin saqueó á Jerusalem, como dijimos ántes. San Luis llegó al Oriente siete años despues de esta última desgracia; y es cosa notable que este príncipe, hallándose prisionero en Egipto, vió degollar á los últimos herederos de la familia de Saladino.

Seguramente fué uno de los mayores y mas desgraciados golpes de la fortuna, el que uno de los mayores reyes que Francia ha tenido, cayese en poder de un soldan de Egipto, último heredero del gran Saladino. Pero esta fortuna que dispone de los imperios, quiso, por decirlo así, mostrar en un dia el exeso de su poder y de sus caprichos, haciendo que el rey vencedor fuese degollado en presencia del rey vencido.

Es cierto tambien que los mamelucos baharitas despues de haber manchado sus manos en la sangre de su señor, pensaron en sacar de la esclavitud á San Luis y nombrarle su soldan, pues tal era el alto aprecio que hacian de sus virtudes; y el santo rey dijo al Sr. de Joinville, que habria admitido esta corona si los infieles se la hubiesen prometido.

Pero los mamelucos mudaron de opinion: Moas, Al-

manzor-Nurandin-Ali, Sefeidin-Modfar, ocuparon sucesivamente el trono de Egipto, y en 1263 era soldan el famoso Bibar-Bondoc-Dari, que conquistó, haciendo grandes estragos, aquella parte de Palestina que aun no estaba sujeta á su armas; pero al mismo tiempo hizo reedificar á Jerusalem. A este soldan sucedió Kelaun en 1281, y continuó echando á las cristianos de varias plazas que aun ocupaban: su hijo Khalil conquistó á Tiro y Tolemaida, y en fin en 1291 los cristianos acabaron de perder la Tierra Santa, en la que habian mantenido sus conquistas durante 192 años, habiendo reinado ochenta y ocho en Jerusalem.

El título de rey de Jerusalem pasó á la casa de Sicilia en la persona de Cárlos, conde de Provenza y de Anjou, hermano de San Luis, que reunió en sí los derechos del rey de Chipre y de la princesa María, hija de Federico, príncipe de Antioquía. Los caballeros de San Juan de Jerusalem, llamados luego de Rodas, y por último de Malta, y los caballeros teutónicos que conquistaron el norte de Europa y fundaron el reino de Prusia, son en el día los únicos restos de aquellas cruzadas que hicieron temblar al Africa y al Asia y ocuparon los tronos de Jerusalem, de Chipre y de Constantinopla.

Creer algunos que el reino de Jerusalem era miserable y pequeño; pero los testimonios reunidos de la Sagrada Escritura, de los autores gentiles, de los escritores judíos, de los historiadores, y geógrafos árabes, y de todos los viajeros que han estado en Palestina desde los primeros tiempos hasta el presente, aseguran de

comun acuerdo la fertilidad de Judea. Además de esto, ¿podríamos estrañar que una tierra fecunda se hubiese vuelto estéril despues de tantos estragos? Jerusalem ha sido tomada y saqueada diez y siete veces. En su recinto han sido degollados millones de hombres, y estas degollaciones duran, por decirlo así, todavía por manera que ninguna otra ciudad ha sufrido tan terrible suerte. Este castigo tan largo, y como sobrenatural, manifiesta un crimen inaudito, y que no puede espiarse con ningun castigo. En este pais, hecho presa del hierro y de las llamas, los campos, habiendo quedado incultos, perdieron la fertilidad que debian al trabajo y sudor del hombre: las fuentes se secaron por quedar sepultadas en los grandes hundimientos de las tierras; y como la industria del labrador no sostiene la tierra vegetal de los montes, las aguas la arrastran á lo profundo de los valles, y las colinas cubiertas ántes de sicómoros, ya aparecen áridas y desnudas.

Habiendo, pues, perdido los cristianos el reino de Jerusalem en 1291, los soldanes baharitas quedaron dueños de él hasta el año de 1382. Entónces los mameucos circasianos usurparon la autoridad en Egipto, y dieron nueva forma de gobierno á Palestina. Selin terminó todas estas revoluciones apoderándose en 1517 del Egipto y de Siria.

Diez y siete tomas de Jerusalem ha indicado Chateaubriand: pero muy posteriormente en el año de 1834 fué asaltada y tomada otra vez, cuyos pormenores pueden verse en la carta siguiente.

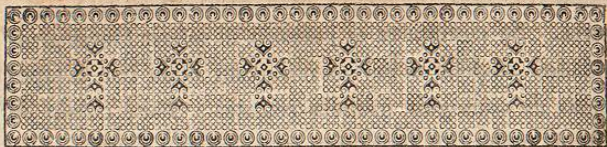
Jerusalen, 16 de julio de 1834.

Mi morada en esta ciudad, y mayormente las escursiones que hice entre los árabes, me enseñaron desde mi llegada á estos lugares que el pueblo está muy descontento de Ibrahim, y muy encolerizado porque les cogian sus jóvenes para el ejército. Supe que estaba para estallar una gran revolucion y quise dejar la Palestina; mas por desgracia era ya muy tarde, y me vi obligado á quedarme. Apenas habia salido el Pachá para Jaffa, comenzó la revolucion. Fueron destrozadas las guarniciones de Herek y de Solth, y marcharon contra Jerusalen los árabes de Samaria y de Hebron. Solo seiscientos hombres habia dejado el Pachá en esta ciudad, y los levantados la atacaron con cuarenta mil hombres. Algunos cañones colocados en las murallas habrian contenido á estas hordas enemigas, que no tenían mas armas que lanzas y fusiles: pero los árabes habian descubierto un paso subterráneo que estaba indefenso, por donde entraron á la media noche, y obligaron á los soldados á retirarse al castillo despues de haberse defendido vigorosamente. Se escaparon todos los cristianos y se metieron en los conventos, en donde hallaron seguridad.

Durante cinco ó seis dias fué entregada la ciudad al pillage, suceso terrible, en que tuvieron mucho que sufrir especialmente los judíos cuyas casas saquearon, dispersando los muebles, insultando y ultrajando á las mu-

geres. Se conmueve el corazon al referir tantas atrocidades: respetaron los conventos sin duda con la esperanza de conseguir grandes rescates. Para colmo de tantos males, un terremoto muy violento derribó muchas casas y destruyó la parte de la muralla que está pegada á la mezquita. En Belen, casi se desplomó el convento, y casi todos los habitantes fueron sepultados en sus ruinas. Siguieron los sacudimientos durante seis dias, pero ninguno fué tan violento como el primero. Sabedor de aquel acontecimiento el Pachá, marchó apresuradamente con cinco mil hombres que trajo de Jaffa.

Solo doce horas se necesitan para venir de Jaffa á Jerusalen; pero el Pachá gastó tres dias y medio en llegar á socorrernos. Mas de treinta mil paisanos árabes se habian apoderado de las alturas, y cuando los soldados estaban ya en las barrancas y desfiladeros estrechos, los árabes aprovechándose de la superioridad de su posicion hacian rodar sobre sus cabezas masas enormes de rocas, y el tránsito quedó impracticable para la caballería y artillería. La actividad y valor de Ibrahim llegaron á triunfar de los obstáculos, y entró victorioso en Jerusalen. La guerra mortal que continua haciendo el Pachá á los árabes no permite salir de la ciudad, pero en la primera oportunidad montándome en mi dromedario atravesaré ligero como el viento el desierto por donde se va al Cairo y á Alejandría, y de ahí me iré para Europa.



CAPÍTULO XVIII.

CALLES Y PUERTAS DE JERUSALEN.

ESTA Jerusalen de los turcos, vuelve á decir Chateaubriand, esta décimaséptima sombra de la Jerusalen primitiva, es la que vamos á recorrer ahora. Luego que salimos del convento fuimos á la ciudadela, en la que en tiempos anteriores no permitian entrar á nadie; pero como ahora está arruinada la dejan ver dando algun dinero. D'Anville prueba que este castillo, que los cristianos llamaban castillo ó torre de los Pisanos, está edificado sobre las ruinas del castillo antiguo de David, y que ocupa el mismo parage de la torre Psephina. De cualquier modo que sea, el tal castillo es una fortaleza gótica que no tiene nada de particular. Desde la torre

de este castillo se descubre á Jerusalen de Poniente á Oriente. El campo que circuye á la ciudad es espantoso, pues por todas partes no se ven mas que montes desnudos de árboles y plantas; y en sus cumbres se descubren de trecho en trecho algunas ruinas de torreones ó mezquitas abandonadas.

Desde lo alto de esta torre de David, fué desde donde el rey profeta vió á Bethsabé bañándose en sus jardines. No se sabe por qué á este castillo se le da el nombre de los Pisanos, yo no vi en él ni un solo cañon, ni creo que lo podria sostener haciendo fuego.

Del castillo pasamos á una calle que va de poniente á oriente, y se llama la del Bazar ó Mercado, y es la calle mayor y mejor de Jerusalen; pero no vimos en ella ni un alma, pues la mayor parte de la gente habia huido á los montes así que supieron que venia el bajá. La puerta de alguna de las tiendezuelas abandonadas estaba abierta, y pude ver varios cuartejos de siete á ocho piés en cuadro donde el dueño come y duerme sobre una estera, único ajuar de tan miserables casucas.

A la derecha del Bazar, entre el templo y las faldas del monte Sion, entramos en el barrio de los judíos, los cuales confiados en su absoluta miseria no temieron al bajá; y allí estaban cubiertos de viles andrajos, caidos sobre el polvo de Sion, y mirando fijamente al templo. El dragoman me hizo entrar en una especie de escuela: quise comprar el Pentateuco hebreo, en el que un rabino enseñaba á leer á un niño; pero